

El crimen de Cabanillas.



Horrorosos asesinatos cometidos por unos malhechores en las personas de Leona Martín y D. Sebastián Romero, vecinos de dicho pueblo, con lo demás que verá el curioso lector.

No se registra otro caso en la criminología, que en atrocidad supere al crimen de Cabanillas. En mil novecientos siete, noche serena y tranquila del mes de Abril, fecha aciaga, almas viles y mezquinas, queriendo ocultar su crimen, hicieron tal fechoría. Mas descubierto el delito les procesó la justicia.

Un matrimonio dichoso, rendido por las caricias y ajeno á todo cuidado, en su vivienda dormía, cuando para darles muerte, guiados por la codicia de robarles el dinero, aquella gente maldita fué á asaltar el domicilio, y con grande cobardía la barbarie cometieron que puso espanto en la villa.

El acusador privado
de esta manera se explica:
Unas cuantas horas antes
de la noche referida,
la «Rebolla», condenada
dos veces ya, porque en riña
hubo causado lesiones,
y otra por hurto otro día,
con Serrano, Pellejero,
(fallecido), y tres Garcías,
han sido los asesinos
de tan inocentes víctimas.

Desde el sitio del «Cerrillo»
emprendieron la partida
con el fin de hacer el crimen
que convenido tenían.
Pedro Serrano y el otro
granuja, Martín García,
apostados cada uno
en diferentes esquinas
para avisar si hay peligro,
la carretera vigilan,
mientras los otros malvados
delito infame realizan.

Tomadas las precauciones
que ya han sido referidas,
los procesados Silverio
Sanz y Gregorio García,
al callejón se marcharon
que á un campo tiene salida,
y á un tejado encaramándose,
que poco del suelo dista
pasaron por los tejares
para asaltar la huardilla,

bajando por allí al piso
donde dos seres dormían.

De esta habitación la puerta
estaba medio entornada,
con gran sigilo la abrieron,
y como luego observaran
que la Leona Martín,
débil mujer, se encontraba
sobre un sillón descansando
y muy próxima á la cama
de su indefenso marido,
acordaron sujetarla
el uno, mientras el otro
le daba con una plancha.

Cayó al suelo sin sentido
del golpe tremendo á causa,
y con las ropas del lecho
acto seguido, enrollándola,
la mataron por axfisia.
Y el pobre esposo, que estaba
impedido y acostado
desde hace tiempo en la cama,
porque enfermedad antigua
al infeliz le aquejaba,
les pedía á los malvados
que con él no hicieran nada.

Pero aquellos bandoleros
sin corazón y sin alma,
no se apiadaron siquiera
del que así les imploraba.
Sacaron un cordelillo,
y al buen hombre en la garganta
fuertemente lo anudaron,

y después tiraron, hasta
hacerle perder la vida
junto á su esposa adorada,
gozándose los bandidos
en la acción que realizaban.

Al ver á los dos ya muertos
procedieron con gran pausa
á registrar lo que había,
y encontraron en la casa
cantidades de dinero,
que se afirman que son varias,
pues aún no pudo el Juzgado
fijamente precisarlas,
pues solo más de trescientas
pesetas, á esa canalla
logró hallarles la justicia
después que el resto gastaran.

Hecho ya el robo y el crimen,
los malvados sin entrañas
de la casa del delito
salieron de madrugada
para unirse con los otros
criminales que esperaban
y repartirse el dinero
fruto de tan vil hazaña,
buscando para encubrirse
después, á las procesadas
que Pepa Garrachategui
y Teresa Martín llaman.

Muy elocuente el fiscal
supo resumir los hechos.
De robo con homicidio
calificó este suceso,

con todas las agravantes
en delito tan horrendo,
reincidencia, alevosía,
nocturnidad y desprecio
del sexo, y luego, por último,
también la de escalamiento,
pidiendo que se les aplique
pena de muerte á los presos.

Apenas abierto el juicio
se formó contra el jurado
una serie de denuncias
que sirvió para dar pábulo
á incidentes y protestas
entre estrépito y escándalo.
El señor Muñoz Torroba,
digno y experto letrado,
afirmó que estaba el juez
de dicho pueblo intentando
que los jurados culpasen
á todos los procesados.

Otro abogado después,
el señor Muñoz Serrano,
nos hizo de una denuncia
interesante relato.
De Juana Garrachategui,
manifestó, que un cuñado
á una taberna llevó
á algunos de los jurados,
y les ofreció dinero
con el fin de sobornarlos,
y absolviesen libremente
al dar veredicto y fallo.

El primero que declara,

pacíficos ya los ánimos,
es Silverio Sanz García,
refiriendo ante el estrado
que no tuvo amistad nunca
con los otros procesados,
y los conocía solo
por ser gente de su barrio.
Como se contradecía
pronto le hicieron notarlo,
y dijo que con martirio
á declarar le obligaron.

Añade que Pellejero
murió de los malos tratos
que le daban en la cárcel,
verdad que se ha comprobado.
Por eso Silverio dice
que declaró por el pánico.
La «Rebolla» viene luego,

mujer de Pedro Serrano,
su culpabilidad niega
y finge hipocrita llanto.
Esta infame tiene aspecto
repulsivo y antipático.

Y el juicio oral que empezó
con mucho ruido y escándalo,
como pudo presumirse,
terminó con un fracaso,
pues no contenta la Sala
con el veredicto y fallo,
acordó la revisión
por otro nuevo jurado.
Dios quiera que éste sea justo
y castigue á los malvados
con el peso de las leyes,
como todos demandamos.

CALIXTO NAVARRO (hijo).



MADRID.—Imprenta Universal, Cabestreros, 5.